llet. 1864, pág. 11) se lee la fórmula IN PACE en una corona de olivo, y por su reunión, la corona y la rama de olivo equivalen á esta conocida fórmula: SPIRITVS IN PACE (Marini, *Papiri diplom.*, 244);—BESSVLA SPIRITVS TVVS IN PACE (Boldetti, 420). Y si el pez viene también á unirse, convendrá interpretar el todo por esta aclamación más completa: SPIRITVS IN PACE ET IN CHRISTO (Boldetti, 318). Algunas veces se ve un olivo esculpido en una de las caras laterales del sepulcro de Lázaro (Bottari, XLIX). Es, sin duda, un símbolo de paz, una traducción figurada de nuestra fórmula.

La formula IN PACE se halla algunas veces figurada por un monograma compuesto de las letras RI, ó en griego, IRE, IRENE.

5.º Aunque la aclamación, objeto de este artículo, sea casi siempre relativa á la paz del alma, es indudable que no ha sido algunas veces empleada para expresar el descanso del cuerpo por el respeto de su sepultura. No es demasiado fácil dar otro sentido á la aclamación con que termina el epitafio de Karito (ap. Aringhi, t. I, pág. 610): OSSA TVA BENE REQVIESCANT; ni tampoco esto, que se armoniza más directamente con nuestro asunto (Boldetti, pág. 401): LOCVS HIC ET IN FVTVRO IN PACE. Januaria se prepara á sí misma este *lugar* para que su cuerpo descanse en paz, no sólo algún tiempo, sino siempre. Debemos incluir en la misma clase un epitafio de Tréveris, del cual no citamos sino las palabras que se relacionan con la cuestión que nos ocupa....., POSVIT TITVLVM HIC IN PACE QUIESICIT (Le Blant, I, pág. 344); y todavía mejor ésta, de la misma procedencia (ídem, pág. 330): HIC AMANT || IAE IN PACE || HOSPITA C || ARO IACET, «aquí descansa en paz, por una hospitalidad pasajera (HOSPITA), la carne de Amancia».

Estas precauciones eran resultado del respeto que los cristianos han profesado siempre á sus cuerpos, que, vivos, habían sido el templo del Espíritu Santo, y que, en lo porvenir, estaban reservados para una gloriosa resurrección. De ahí los anatemas contra los violadores de las tumbas, que se encuentran con tanta frecuencia en los epitafios de los cristianos, y de los cuales pueden verse numerosos ejemplos en nuestro artículo *Anatema*. El uso de estas fórmulas conminatorias existía ya entre los Judíos, como lo prueba la siguiente inscripción que tomamos de la colección de Muratori (página 1923, II):

PEON GETA SENEX
HEIC OBDORMIVIT IN PACE
DORMITO EIVS CVM IVSTIS
DORMITIO EIVS MEMORIÆ EIVS
ET SI QVIS IPSVM VEXAVERIT
VLTOR ERIT DEVS ISRAEL . IN . SÆCULUM

Aquí vemos con qué insistencia se garantiza la paz de las tumbas contra toda futura profanación: «Peon Geta, anciano, se ha dormido aquí en paz; su sueño está con los justos; el lugar de su sueño es su *memoria* (su tumba.—Véanse los artículos *Confessio*, *Memoria*, etc.), y si alguno viniese á vejarle (á turbar su reposo), su vengador será eternamente el Dios de Israel.»

INSCRIPCIONES.—I. *Colecciones epigráficas* (véase el prefacio del primer volumen de las *Inscripciones romanas* de M. De'Rossi, de las que esta simple narración no es más que el resumen de lo esencial).

No existe ninguna colección de inscripciones cristianas anteriores á Carlomagno. Bajo el reinado de este príncipe es cuando se manifiestan, entre los discípulos de Alcuino, los primeros ensayos en este género. Pero los primeros coleccionadores se hallan, en general, poco preocupados de la importancia histórica de las inscripciones; parecen más bien haberse propuesto componer, con las inscripciones métricas al estilo de San Dámaso, especies de antologías en las que pudiesen encontrar modelos para composiciones análogas.

De las colecciones de esta época, tres únicamente han llegado hasta nosotros, en totalidad ó en su mayor parte. La primera, por la importancia de los monumentos que contiene, es la célebre colección palatina, hoy día vaticana, que Gruter ha editado. La segunda, mucho más corta, es la de Glosternburg; tiene, sin embargo, la ventaja sobre la primera de ser exclusivamente cristiana; no ha sido exactamente conocida sino por M. De'Rossi. Otro ejemplar de la misma colección, poco más ó menos semejante, es el de Goetwich, que el mismo sabio supone tener grande afinidad de origen con los itinerarios del siglo VII que, en estos últimos tiempos, han guiado tan útilmente á los anticuarios en la investigación de la sepultura de los mártires. La tercera es la colección de Verdun que M. De'Rossi ha venido á exhumar en la biblioteca de esta ciudad. Nos parece bien apuntar aquí que las tres colecciones más antiguas se han conservado más acá de los Alpes.

Desde los tiempos de Alcuino, hasta el renacimiento del siglo XIV, existe una laguna en estos estudios. Algunas inscripciones se encuentran diseminadas en los libros que tratan de otras materias, pero ninguna colección propiamente dicha.

Durante los siglos XIV y XV aparecieron varias colecciones, casi todas en Italia. Pero los epígrafes cristianos son, en ellas, en corto número y mezclados con los paganos. Pedro Sabino, profesor en el archigimnasio romano, es el primero que, después del Renacimiento, reune un cuerpo especial de inscripciones cristianas. Esta colección, dedicada al rey de Francia, Carlos VIII, largo tiempo perdida, ha sido encontrada hace poco en la biblioteca de San Marcos en Venecia.

Desde esta época hasta la mitad del siglo XVI, el tesoro de la epigrafía cristiana no se aumentó sino con un pequeño número de monumentos extraviados en las colecciones profanas. Pero entonces esta ciencia empezó á distinguirse seriamente, y numerosos sabios se dedicaron al difícil arte de describir con fidelidad estas inscripciones. La exactitud de Martín Smet, bajo este punto de vista, no tardó en encontrar numerosos imitadores, y las inscripciones, por desgracia muy raras, que han publicado estos hombres estudiosos, ofrecen, por lo menos, sólidas garantías.

Aldo Manucio, el joven, reparó los efectos del desprecio ó de la negligencia de sus antecesores. La colección de los Manucios, que no cuenta menos de veinte volúmenes de diferentes tamaños en el Vaticano, se completa con notas muy antiguas (de Aldo Manucio, el antiguo, según toda apariencia), las cuales están consignadas en un código del Vaticano. Compulsados insuficientemente por Cittadini y Doni y aun por el célebre Marini, no han sido revelados todos los tesoros de estos documentos, sino por M. De'Rossi, que reproduce desde su primer volumen varias inscripciones contenidas en aquéllos. Á estos manuscritos de los Aldos puede agregarse uno de la biblioteca Chiggi, compilado, bajo el pontificado de Pío V, por un anónimo español; pero las inscripciones cristianas que contiene son, en su mayor parte, de una época algo moderna.

La totalidad de las inscripciones comprendidas en los manuscritos y los libros mencionados hasta aquí, y tomadas en todos los países del mundo cristiano, no alcanza á la cifra de mil. Esto es todo lo que el tesoro de la epigrafía cristiana pudo reunir desde el siglo IX hasta el año 1578.

Un hundimiento sobrevenido entonces en la vía Salaria Nueva descubrió la Roma subterránea olvidada hacía muchos siglos: sus hipogeos empezaron á ser explotados de nuevo para este objeto como para todo lo demás. Chacón, Macario, Winghe, fueron sus primeros exploradores: pero su verdadero Cristóbal Colón es Bosio, y á él pertenece, especialmente, el honor de haber reunido un cuerpo ya importante de inscripciones cristianas, las cuales se encuentran esparcidas en su gran obra (véase el artículo *Catacumbas*, II, 3.º).

En el siglo XVII, la materia comienza á hacerse más abundante, y en 1616, Gruter responde al público deseo editando, según los manuscritos de Escaligero, su gran colección, en la que está consagrada una parte especial á las inscripciones cristianas, en número exiguo, sin embargo, porque la colección de Bosio estaba todavía inédita, y Gruter no aprovechó todas las fuentes que hubiera podido procurarse, ya personalmente, ya por sus amigos Cittadini, Sirmond, etc., que habían recogido cierto número de inscripciones cristianas, principalmente en la basílica de Roma. Á esta colección vinieron bien pronto á agregarse los trabajos sucesivos de Doni, Aleandro, etc. Después aparecen las colecciones de Sebastián Maccio, Peirese, Juan Brusio, etc.

Hasta aquí apenas tenemos más que colecciones mixtas; pero tocamos á la epóca en que la epigrafía cristiana tendrá sus colecciones aparte, sus intérpretes especiales y su historia. En 1632, la obra del inmortal Bosio aparece, merced á la diligencia de Severano. También, además de las inscripciones contenidas en la *Roma subterránea* é intercaladas en su texto, la biblioteca de la Vallicella posee una colección especial de las de las iglesias *sub dio*, firmada por Secua, Bosio y Severano. Inmediatamente después de Bosio y Aringhi, su traductor, nos consideramos dichosos con citar á nuestro Montfaucon, que ha dejado un pequeño recuerdo de inscripciones de la ciudad de Roma, cuyos manuscritos se encuentran en la Biblioteca Nacional de París.

Penetramos ahora en un mundo conocido de todos. Fabretti era de una exactitud admirable; pero la imperfección de los medios tipográficos de que debió servirse, hace deplorar vivamente la pérdida de sus manuscritos. Boldetti es más rico que ningún otro; desgraciadamente su negligencia iguala á su riqueza. Marangoni, su colega, es menos inexacto, sobre todo en su principal obra: *Appendix. ad Acta S. Victorini*. Y cuando se piensa que estos dos hombres habían explorado las catacumbas durante más de treinta años, no se podría llorar bastante la pérdida de los papeles de este último, que fueron devorados por un incendio. La admirable obra de Buonarruoti sobre los vasos dorados, puede darnos la medida del valor que debe concederse á la colección de inscripciones cristianas de este sabio, colección que se conserva manuscrita en Florencia. El P. Lupi, contemporáneo y amigo de Boldetti y de Marangoni, sin hablar de sus obras impresas, en las que domina una seguridad de crítica tan apreciada de los anticuarios, ha dejado también preciosos manuscritos, que posee el Vaticano.

Después de tantos trabajos parciales, la necesidad de reunir en un cuerpo mayor todas las inscripciones cristianas esparcidas en los libros ó todavía inéditas, debía, por último, ser reconocida y apreciada. Gori fué el primero que tuvo tal pensamiento, y ¿quién no lamentaría las circunstancias que le impidieron realizarlo, cuando se sabe, por su propio testimonio, que su proyecto consistía en disponer los mármoles de tal modo que «los misterios de la religión, los ritos, las dignidades, la jerarquía y las disciplina eclesiásticas fuesen con ellos ilustradas?» Nadie mejor que Muratori se encontró en estado de poner en ejecución la idea de Gori. Debemos agradecerle, á falta de otro mejor, el tener en su *Tesoro* separados los mo-

numentos cristianos de los profanos, y nadie antes que él había reunido un número tan considerable. Passeri y Olivieri parecen haber tenido la intención de proseguir, después de publicada la colección de Muratori, el proyecto de la clasificación sistemática de Gori; pero nada prueba que hayan tratado de ponerlo por obra.

Maffei, el verdadero fundador de la crítica lapidaria, emprendió, de acuerdo con Séguier, un gran trabajo de inscripciones, en el que las cristianas se hallaban clasificadas aparte; y casi al mismo tiempo Bacchini, Bottari, Terribilini y Blanchini mismo se proponían un trabajo análogo. Otro proyecto también frustrado.

El célebre Zaccaría había, á su vez, tomado la determinación de clasificar las inscripciones cristianas de los ocho primeros siglos, según el sistema de Gori; pero su obra, que hubiera comprendido toda la religión, dogmas, sacramentos, jerarquía é instituciones eclesiásticas, no debía tampoco formar un cuerpo completo, sino únicamente una colección de inscripciones para uso de los teólogos.

Es de notar que los mejores talentos de esta época tuvieron la idea de poner la epigrafía al servicio de la teología, idea fecunda que no encontrará su completa realización sino en los vastos trabajos de M. De'Rossi. Como quiera que sea, no ha quedado de los proyectos de Zaccaría más que un libro mediano: *Del uso de las inscripciones en las cosas teológicas*, obra imitada de la del P. Danzetta, inédita.

Marini era, á lo que parece, el hombre de quien debía esperarse el grandioso monumento que todos deseaban; pero le faltó tiempo para dar á la gran colección que había emprendido una forma regular y digna de la brillante exactitud de su genio; tampoco ha dejado sino materiales confusos, sin enlace y sin explicación. Pero puede formarse una idea de lo que debía ser esta obra en la opinión de su autor, por lo que de ella ha publicado el cardenal Maii en el quinto volumen de su *Spicilegium*. De toda la Italia, pero de ningún otro país, le enviaban sus amigos inscripciones; él mismo recogía las de Roma; pero se limitó á explotar las iglesias y los demás edificios *sub dio*, no bajando nunca á las catacumbas. Hay más todavía: si consultó los libros, descuidó casi completamente los manuscritos, ya en Roma, ya en otras partes. Sus notas, no obstante, contienen inscripciones de todo el universo respecto á los diez primeros siglos, 8.600 latinas y 750 griegas, poco más ó menos.

Después de la impresión del volumen de que hemos hablado, el cardenal Mai se sintió débil en la tarea que se había impuesto. Tuvo entonces la feliz idea de encomendar á un hombre lleno de juventud, de energía y de porvenir, el cuidado de reunir, por último, la colección completa y definitiva de todas las inscripciones antiguas cristianas, cuyo número, atendiendo á las excavaciones emprendidas hoy con ardor en las catacumbas, gracias á la generosa é inteligente iniciativa de Pío IX, debe aumentarse casi indefinidamente.

Este hombre, objeto de una tan grande confianza, no es otro, como se comprenderá, que M. De'Rossi, quien, sin hablar de la sagacidad casi adivinadora de su talento, que lo hace eminentemente propio para los trabajos de esta naturaleza, se hallaba preparado por los estudios de toda su vida á continuar el monumento siempre incompleto, deberíamos decir mejor, bosquejado, en el que habían puesto la mano tantos sabios ilustres. Y tal era, á la vista de los hombres competentes, la evidencia de la vocación de M. De'Rossi, que desde 1844 el padre Marchi, viéndole trabajar entonces, cuando sus primeros ensayos serios como epigrafista apenas contaban dos años, no temió comprometerlo públicamente, anunciando en su obra sobre las catacumbas, y sin saberlo él, que publicaría bien pronto una colección completa de inscripciones cristianas. M. De'Rossi se consideró obligado, y emprendió animosamente la obra.

Las inscripciones cristianas de todo el mundo, hasta el siglo VI inclusive, deben componer la materia de la inmensa colección que prepara este ilustre epigrafista. La prioridad pertenecía, naturalmente, á las inscripciones de Roma; 11.000 existen ya en poder del autor, y un primer volumen que acaba de aparecer, 1857-1861, aunque no comprende todavía más que las inscripciones funerarias que llevan nota cronológica cierta, no contiene menos de 1.374, número que sobrepuja ya en cerca de dos tercios el de las más ricas colecciones conocidas hasta aquí. Este volumen es la clave de toda la epigrafía cristiana, porque facilita, respecto al período que abraza, los seis primeros siglos, una serie de tipos cuyas inscripciones sin fecha bastará unir para darles una; es evidente que cada una de ellas deberá colocarse al lado de los *tituli* fechados, con los cuales ofrecerá la mayor analogía por las fórmulas, los símbolos, la lengua, el estilo, la ortografía y los caracteres paleográficos.

La obra de M. De'Rossi, que es desde entonces el manual indispensable del arqueólogo cristiano, tiene por título: *Inscriptiones Christianæ urbis Romæ, septimo sæculo antiquiores. Edidit Joannes Baptista De'Rossi Romanus.* Constará de cinco ó seis volúmenes, que el público sabio espera con viva impaciencia.

Respecto á las inscripciones de los demás países del mundo cristiano, tenemos algunas colecciones especiales, que cada una, respecto al país que explora, suple al trabajo no concluído del ilustre romano. El abate Gazzera ha publicado en 1849 las inscripciones cristianas del Piamonte (Turín. Imprenta Real). Pero debemos á uno de nuestros compatriotas, M. Edmundo Le Blant, una obra de excepcional importancia, la colección de las *Inscriptions chrétiennes de toute la Gaule antérieures au huitième siècle*. El primer volumen apareció en 1856, y el segundo en 1865; la colección contiene más de 800 inscripciones, y hace autoridad, ya por la pureza de los textos, ya por la seguridad de la erudición que preside á los comentarios.

II. *Del elemento puramente material de las inscripciones cristianas.* — Como las profanas, las inscripciones cristianas, consideradas bajo este punto de vista, pueden dividirse en dos clases: inscripciones *grabadas* é inscripciones *escritas*, y todas las materias sólidas han sido en ellas más ó menos empleadas: la piedra, la madera, la arcilla, los metales, el cristal y el marfil. Hemos consignado *ex professo* en los artículos *Anillos*, *Fondos de copa*, *Numismática*, *Dípticos*, é incidentalmente en gran número de otros, lo poco que teníamos que decir con motivo de las inscripciones en las piedras finas, en cristal, sobre los metales y sobre el marfil. Aquí no vamos á ocuparnos más que de las inscripciones estrictamente monumentales, de lo que los anticuarios comprenden con el nombre genérico de *res lapidaria*, y también casi únicamente de los epitafios ó inscripciones funerarias de los primeros cristianos.

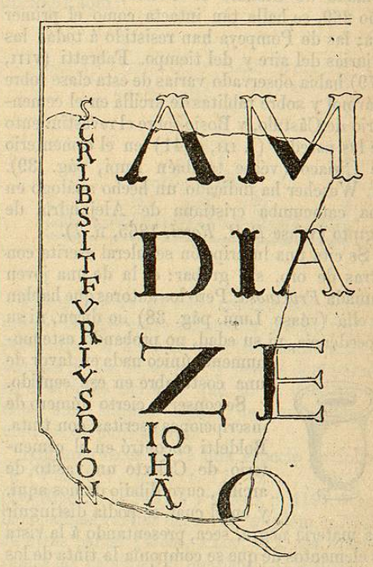
1.° Las inscripciones grabadas en hueco sobre el mármol ó sobre la piedra común, forman, por lo menos, las nueve décimas partes de las que la antigüedad nos ha legado. La mayor parte de estos epígrafes, á imitación de lo que se practicaba entre los Romanos, han sido pintados de rojo en el hueco de las letras. Boldetti (pág. 328) asegura haber visto cierto número de esta clase en las catacumbas romanas, y supone, aunque sin sólido fundamento, segun pensamos nosotros, que es un indicio de martirio, por la razón de que, según Plinio, no hay otro color que el rojo para expresar la sangre en las pinturas: *Cum non sit alius color qui in picturis proprie sanguinem reddat* (Plin., XXXIII, 7). También se tienen en las catacumbas ejemplos de *tituli* cristianos cuyas letras estaban doradas en el vacío; fuera de esto, no podemos citar nada más antiguo que el del obispo Flavio, que ocupaba la silla de Verceil en el siglo VI. Su epitafio, que se ve todavía hoy en la catedral de esta ciudad, conserva, al decir del abate Gazzera (*Iscr. Piém.*, pág. 106), vestigios de su antiguo dorado.

Hay algunos ejemplos de inscripciones en mosaico. Encontramos una en la obra de Boldetti (pág. 547): FIRMINA. IN. PACE. Marangoni ha publicado el epitafio de una cristiana llamada TRANQVILINA, escrita con piedras blancas y verdes, incrustadas en la cal que unía el mármol. Estaba repetida, con un ☧ arriba y abajo.

Algunas veces se limitaban á dorar las líneas que expresaban algún hecho especialmente notable. Así, en un epitafio de Chiusi, existente hoy día en la catedral de esta ciudad, las dos últimas líneas están doradas, porque contienen la fecha del monumento, que es el octavo consulado de Valentiniano III, correspondiente al año 455: COSS. ‖ DIVI VALENTINIANI ‖ AVG. VIII. Esta es una señal de distinción que se encuentra también en los manuscritos antiguos, tales como el famoso salterio latino de San Germán de los Prados, que está escrito en letras de plata sobre pergamino púrpura, salvo las palabras DEVS y DOMINVS, que son de oro (Montfaucon. *Palæograph.*, *loc. cit.*).

Se encuentran con bastante frecuencia en los cementerios subterráneos de Roma, inscripciones groseramente trazadas con la punta de un clavo ó cualquiera otro instrumento común sobre el mortero que sirve para sujetar la tablita de mármol ó los ladrillos del *loculus*. Boldetti (pág. 434) publica el facsímile de algunas. Todavía se juzgará mejor por el *loculus* de *Constantia*, virgen y neófita, reproducido por el P. Lupi (*Sev.*, 116). Injustamente se han incluído en esta parte las inscripciones cursivas que se leen en las paredes de las criptas ó de los corredores vecinos; éstas son votivas (véase nuestro artículo *Peregrinaciones*).

Hablando de ciertas láminas de plomo enrolladas recogidas por él mismo en algunas sepulturas de las catacumbas, y en las que, según una práctica de otras partes bien acreditada, se tenía costumbre de escribir los hechos de algunos mártires (véase este objeto grabado en el artículo *Actas de los mártires*), supone Boldetti (pág. 324) que los epitafios de simples cristianos han podido ser trazados según este procedimiento y colocados en el interior



de las tumbas. Si el hecho fuese constante (Boldetti no cita ningún ejemplo), estos epita-

fios deberían también ser incluídos en la clase de las inscripciones grabadas.

2.º Las inscripciones métricas compuestas por el Papa Dámaso en honor, especialmente, de los más ilustres mártires, están grabadas en caracteres de una elegancia excepcional, y que causan la admiración de los anticuarios. El alfabeto de ellas fué inventado por un calígrafo llamado Furio Dionisio Filocalo, quien consagró exclusivamente su talento á las obras de este Pontífice, por el cual profesaba una especie de culto, como nos lo dice él mismo en uno de sus mármoles: DAMASI PAPÆ SVI CULTOR ATQVE AMATOR. Damos en la página anterior, según la *Roma subterránea* de monsieur De'Rossi (t. I, pág. 120), un modelo de los mejores rasgos de este calígrafo.

3.º *Inscripciones escritas.*—Las más comunes son aquellas que están trazadas con *minio* ó con *cinabrio*, con ayuda del pincel, en el mármol, en el ladrillo ó en el mortero. Los Etruscos parecen, si creemos á Gori (*Præfat. ad inscr. donian.*), haber sido los primeros en ejecutar este género de pintura. Se leen una multitud de inscripciones de esta clase en las paredes de las casas particulares y de los edificios públicos de la antigua ciudad de Pompeya; lo mismo sucede en las catacumbas de Nápoles. Sabemos que la célebre inscripción de Severa, que ha ilustrado el P. Lupi y que se encuentra hoy en el museo de Letrán, está pintada con minio en una tablilla de mármol blanco. Además, aunque se remonta al reinado de Claudio el Gótico, es decir, al año 269, se halla tan intacta como el primer día; las de Pompeya han resistido á todas las injurias del aire y del tiempo. Fabretti (VIII, 579) había observado varias de esta clase sobre mármol y sobre tablitas de arcilla en el cementerio de Cástulo, y Bosio sobre el revestimiento de las paredes (l. III, c. 41) en el cementerio de Ciriaco (véase también Lupi, pág. 39). M. Wescher ha indicado un hecho análogo en una catacumba cristiana de Alejandría de Egipto (véase *Bull. Rossi*, 1865, n. 7).

Se cita una inscripción sepulcral escrita con letras de oro, sin grabar: es la de una joven llamada *Fructuosa*. Pero los autores que hablan de ella (véase Lupi, pág. 38) no dicen, ni su procedencia, ni su edad, no probando este monumento único nada en favor de una costumbre en ese sentido.

Se conserva cierto número de inscripciones escritas con tinta. Boldetti encontró en el cementerio de Calixto un vasito de arcilla, cuyo dibujo damos aquí, y en el cual se podía distinguir una materia negra, seca, presentando á la vista los elementos de que se componía la tinta de los antiguos. El ilustre anticuario se confirmó en su opinión al ver cerca del sitio donde estaba depositado este tintero una inscripción evidentemente escrita con la materia en él contenida. Otros ejemplos nos facilita Lupi, y entre ellos (*loc. laud.*) el epitafio de San Florentino, escrito con tinta en una tablita de mármol, que se conserva en el Seminario romano con el cuerpo de este joven mártir. Una inscripción del cementerio de Santa Catalina de Chiusi está también escrita de negro sobre el revestimiento de la tumba de un *arcosolium:* NERANIO FELICIANO..... (Cavedoni. *Cimit. Chius.*, pág. 63). El P. Marchi (pág. 112) encontró en el cementerio de Santa Inés una tablita fúnebre de ladrillo rojo, que lleva una inscripción delicadamente trazada con pincel, con una materia blanca.

Esta es una particularidad digna de notarse. En general, estas inscripciones pintadas indicaban la sepultura de los pobres.

Por último, la precipitación con que se hacía la obra de la sepultura durante las persecuciones, no dejaba, con frecuencia, á los parientes del difunto, sino el tiempo de trazar con carbón su nombre y un lacónico epitafio. Se muestran, además, varios ejemplos en el nuevo museo de Letrán; y Marangoni había ya publicado la de una cristiana llamada SEVERINA, cuyo nombre estaba escrito del modo indicado en dos de los tres ladrillos que cierran el *loculus* (véase Lupi, pág. 39). Sin duda, en la intención de los que escribían estos frágiles epitafios, no debían ser definitivos: esto no era más que un sencillo trazado destinado á guiar el cincel del grabador. Lo que autoriza á creerlo así en la mayor parte de los casos, es que se encuentran estas especies de inscripciones con carbón, cuyas primeras letras son las únicas vaciadas, habiendo faltado tiempo al obrero para acabar su trabajo.

También para ganar tiempo, y á menudo por un simple motivo de economía imperiosamente exigida por las desgraciadas circunstancias, es por lo que los cristianos arrebataban mármoles á las tumbas de los idólatras, y en el reverso de estos mármoles escribían ó grababan sus propios epitafios. Los mármoles de esta especie, que se han llamado opistógrafos, lo que quiere decir escritos por las dos caras, no son raros en los cementerios romanos (véase el artículo *Catacumbas*, VI, 2.ª *objeción*); la inscripción pagana mira al interior del *loculus*, y la cristiana daba á la galería del cementerio. Citamos la siguiente de la colección de M. De'Rossi (pág. 172); es del año 391. Las dos inscripciones no están escritas en el mismo sentido:

Cristiana.	*Pagana.*
—	—
HIC POSITA EST ADEO DATA. Ø AN. VI. M. III Ø XXXIII IN PACE DEP. III NON. MAI. TATIANO ET SVMMACO	D M. AVRELIO VICTO RINO MIL Ø LEL II PARTH Ø SEVE RIANAE Ø FFF AE TERNAE Ø IIIII PIT POST Ø QUI BIXIT ANNOS XXX MIL. ANNOS. ♄ II FFEC AVR.

III. 1.º *De la puntuación de los mármoles en general y de los mármoles cristianos en particular.*—La puntuación lapidaria difiere de la del discurso escrito, como la ortografía: está regida por un sistema completamente distinto; casi podría decirse que lo más común es que no haya más reglas que el capricho de los lapicidas. Sin embargo, hay un sistema de puntuación lapidaria que podría, hasta cierto punto, llamarse clásico: es el que consiste en poner un punto después de cada palabra, excepto al final de las líneas y al fin de la inscripción, sistema que tiene por objeto evidente distinguir las palabras, por lo común poco distantes unas de otras. Si se echa una ojeada sobre una colección de inscripciones bien conservada, se verá que en todas las épocas de la antigüedad se encuentran mármoles puntuados así, y éstos son, en general, los más correctos.

Existen, no obstante, inscripciones, ya paganas, ya cristianas, en número infinito, que no presentan ningún signo de puntuación, ó que no tienen más que ciertos términos abreviados. Así los mármoles romanos de los primeros tiempos de la república carecen de ellas totalmente, y en la mayor parte de los del siglo V y VI de nuestra era, parece haberse perdido el uso de los *quadratarii*. Los de la Galia están, en general, poco puntuados.

Pero si con frecuencia se han mostrado avaros de signos de puntuación, hasta omitirlos completamente, otras veces, por el contrario, los grabadores los han prodigado hasta separar las sílabas y aun las letras de la misma palabra por puntos (véase Lupi, pág. 69): COL. V. M. BAR. IVM. TOTVM; la palabra *columbarium* está aquí dividida por cuatro puntos. He aquí una división por sílabas: es una inscripción de Tréveris (Le Blant, I, pág. 381):

HIC IN PACE, RE. QVI. ES
CIT. MAR. TI. OL. Á. FI. DE. LIS
IN. PA. CE. Á ☧ ω SAM. BA. TIVS
VR. SVS. PILIVS SOVS TI. TV*lum osuit.*

Entre las inscripciones griegas, citaremos la siguiente, según Lupi (pág. 72):

ΔΗ. ΜΗ. ΤΡΙ. ΟϹ
Α. ΥΑ. ΘΟ. Δω. Ρω
ΤΕ. ΚΝω

Demetrius Agathodoro filio.

Hemos creído deber publicar estas consideraciones, observa Pelliccia, á propósito de este sistema de puntuación (III, pág. 161), con objeto de que no se crea que los mármoles puntuados según tal método, pertenecen á los tiempos modernos. En efecto, se encuentran no sólo en los monumentos cristianos del siglo II y III, sino también en los monumentos públicos de la misma época, como lo testifica una inscripción del siglo II en honor de Gordiano, publicada por el mismo P. Lupi (pág. 73).

Agregaremos aquí una observación relativa á un objeto que ha inducido, con frecuencia, á error á personas también versadas en la ciencia epigráfica. Se ha supuesto, pero sin razón, que las vírgulas que sustituyen á los puntos, acusaban un origen relativamente moderno. Es verdad que se encuentran vírgulas en algunas inscripciones de la Edad Media, y Severano publica una en su libro sobre las siete Iglesias de Roma, que había copiado en los archivos de la Biblioteca vaticana. Pero no es menos cierto que los lapicidas de la antigüedad propiamente dicha, conocieron este género de puntuación. Lo prueba un mármol muy antiguo de Aveja, restituído por Giovenazzo (véase Pellic., pág. 169).

Hasta aquí no hemos hecho mención más que de las marcas de la puntuación común, aunque dispuestos completamente de otro modo que en los libros. Debemos ahora dar algunos detalles sobre ciertos signos enteramente arbitrarios empleados por los grabadores de inscripciones de las diversas épocas que constituyen los dominios de nuestro estudio.

2.º El primero, el más extendido de todos en la epigrafía, ya antigua, ya cristiana, es una especie de corazón ó de hoja ♡ que se ponía después de cada palabra, ó aun después de cada letra, ó solamente al fin de las líneas, etc. Es lo que se ve en un interesante mármol publicado por Boldetti (pág. 329), y que reproducimos aquí:

Estos objetos se han considerado durante mucho tiempo como signos de dolor; pero se encuentran á menudo en otros monumentos, además de los sepulcros, y hemos demostrado en el artículo *Corazón* que no se debe ver en ellos sino simples signos de puntuación, ó motivos de puro adorno.

Algunas veces se ve una especie de follaje ☙ (Perret, V, pl. XVI, 17.—XVII, 18), ó ☙ (De'Rossi, I, n. 245), ó ☙ (idem, n. 419), ó también palmas vueltas del revés, ☙ (idem, n. 722); en otras partes (idem, XXIX, 71), son *o* separando las palabras, ó también *s* (De'Rossi, I, n. 192). Otras veces una señal que se parece á la cifra árabe 6, como en un *titulus* de Palermo, en Lupi: D 6 M 6 .